

Madrid Cósmico

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

NUBE DE OTOÑO, por Ramírez.



El amorcillo.—Ahola están sepalados, pelo cuando apliete el flío ya se aploximalán, ¡ya!

Año 1911.

20 céntimos.

Núm. 90.

CHARLA SEMANAL



NADA más terrible que la amenaza de un banquete. Ya sabe el comensal lo que le espera, ó mejor dicho, las varias cosas todas ellas graves que le esperan en una emboscada de esa especie. La primera, dar dinero por ir. Después, no comer. Y luego, como tranche abrumador, tras de una serie no interrumpida de incomodidades, el amargo momento de tener que escuchar toda suerte de tonterías y todo linaje de vulgaridades bajo la forma de brindis y discursos.

Pero hay banquetes de banquetes, y es menester que se aclamen y celebren las honrosas excepciones en la materia. Contadas son, pero entre ellas puede figurar y figura por derecho propio, con más derecho propio que algunos senadores, el ágape con que el lunes último agasajaron los vendedores de periódicos á los propietarios de ese cucologio que se intitula *La hoja de parra*.

A banquetes así ya se puede ir. Por eso fué *La Goya*, y por eso fuimos otras cuantas personas de viso. Como comer no comimos, pero en cambio nos divertimos mucho. Pasóse el rato honestamente, pues al fin y al cabo, *La hoja de parra* es el signo de la honestidad, y los comensales del ramo de vendedores, más atentos á la hoja que al zumo, no dieron muestras de haber abusado del jugo del parral.

Allí podían haber ido á aprender corrección y compostura los candidatos dinásticos que dieron lugar al cierre del Círculo Liberal.

¡Pero qué cosas hacen en Cataluña!

¿No saben ustedes á lo que se han dedicado estos días los de Tortosa?

Pues á algo que está muy bien y muy puesto en razón, como es el tributar un homenaje á un músico tan sabio y tan lleno de méritos como el maestro Pedrell. Hasta aquí no hay nada que replicar. El autor de «Los Pirineos» se merece esos agasajos y muchos más que se le rindan.

Pero lo pintoresco es el numerito que han colocado en el programa de los festejos que dedican al insigne músico. Una carrera de bicicletas.

Y hay para estarse cavilando desde aquí hasta dentro de dos siglos ó tres.

¿Qué tendrá que ver el ciclismo con las tómporas del año?

O si se quiere:

¿Qué tendrán que ver las bicicletas con la inspiración musical?

Confieso francamente mi inferioridad para dilucidar tan extraordinario problema

Como no sea que la obra artística de Pedrell compone un ciclo.

En el teatro de Variedades de París acaba de celebrarse con una fiesta, y como acontecimiento, la centésima representación de «*La vie parisienne*» en su reestreno.

Iguals éxitos volvieron á tener en temporadas anteriores «*La bella Helena*», y «*Orfeo en los infiernos*» y segu-

ramente otros por el estilo aguardan á las demás obras del repertorio de Offembach, que irán apareciendo de nuevo en su ya clásico teatro.

«*La gran duquesa Gerolstein*» «*Genoveva de Brabante*» y tantas otras operetas admirables volverán á regocijar á los hijos y á los nietos de quienes las saborearon en los días desenfundados del segundo imperio, en los cuales la vida así pública como privada era una especie de galop á todo trapo.

Offembach, á quien los franceses adoraron locamente durante algún tiempo y á quien aborrecieron después furiosamente como si él hubiera tenido la culpa del año 70, es una personalidad muy interesante, y que ostenta una representación muy curiosa en la historia de la música como en la del reinado de Napoleón III. Es un pequeño Wagner, así sencillamente.

Hasta se le parece en haber traído y llevado á los dioses, con la punta de su batuta.

Y le supera en una cosa. Mientras que el gran Ricardo arrullaba magníficamente la locura de un rey en los castillos de Baviera, Offembach, había hecho algo más, derribar un imperio á los acordes del can can.

**

Ha estado unos días entre nosotros Julio Ruiz.

El gran madrileño no puede estar sin su Madrid. Llegó enfermo y decaído, y á poco de estar aquí parecía remozado, y hasta con colores.

El público respondiendo muy simpáticamente á la visita de nuestro paisano, acudió á Price para admirarle y aplaudirle. Y fuerza es confesarlo. Con sus años y con su afonía, y con todo lo que se quiera, sigue siendo un gran actor. Un gesto suyo, una mirada, un ademán, tienen en él el sello de una gracia original, sobria y fina, que ya quisieran para los días de fiesta esas señoras que se creen que la gracia está en hablar soltando gallos, ó en retorcerse lo mismo que un sacacorchos.

Julio Ruiz que no quiere abandonar tan pronto á España y que piensa venir á instalarse definitivamente entre nosotros, marcha ahora á Valencia.

—No he ido allí—me decía la otra noche desde el ochenta y cinco. Estuvimos juntos el cólera y yo. Y no hemos vuelto ninguno de los dos.

**

Visto en una confitería.

Un señor solicita vivamente una torta muy apetitosa que hay sobre el mostrador.

—Está vendido. Le replica la dueña.

El caballero insiste sin éxito ninguno, y al fin como recurso supremo, para obligar á la confitera á que se la entregue, hace la notable porquería de pasar la lengua por la torta.

—Ahora supongo que me la venderá V. afirma triunfante.

Y la confitera le responde:

—¡Qué tontería! ¿Por esa pequeñez? Pues si lo hacemos nosotros á cada paso.

Pedro de Répide.

¡La matanza!

(Carta de un cochino á su cochina).

«Apreciable esposa:
Querida marrana:
Dulce compañera
de mi corazón.
Te escribo *en capilla*:
Me meten mañana,
¡por la misma *tráquea*,
El pincho á traición!

Hace cuatro días
cuando me sacaban

con torpes halagôs
del sucio corral
dije que esos viajes
á mi me escamaban
y que tantos mimos
me olían muy mal.

Entonces maldije
la *cochina* suerte
que goza en la tierra
el pobre *cebón*:
¡Nos miman los amos
pensando en la muerte!..
¡Pensando en la venta
del rico jamón!

Ahora ya me explico
las indignas *cobas*
y el mejoramiento
del pienso usual:
¡Para que llegase
á las *quince arrobas*
y *catorce libras*
de peso total!

¡Cierra, esposa, el morro
y no comas nada
ni bebas ni duermas
en todo este mes;
y yo te aseguro
que estando delgada;
te libras, cochina,
del vil interés!

Díle á los amigos
de tu compañera;
esos que ahora gozan
de gran posición,
que empieza en Noviembre
la horrible matanza:
¡Que huyan y que eviten
la degollación!

¡Juntos, en capilla,
estamos *quinientos*,
y todos tenemos
el lomo en un trís..!
¡*Quinientos* cebones
antes tan contentos..!
¡Mira que hay *cochinos*
en este país!

¡Ya están afilando
el pincho esos pillos..!
¡Sé honrada y sé buena,
como es tu deber,
y dales cien besos
á mis marranillos..!
¡Hijos de mi alma,
ya no os vuelvo á ver!!»

Por la copia,
José Jackson Veyan.

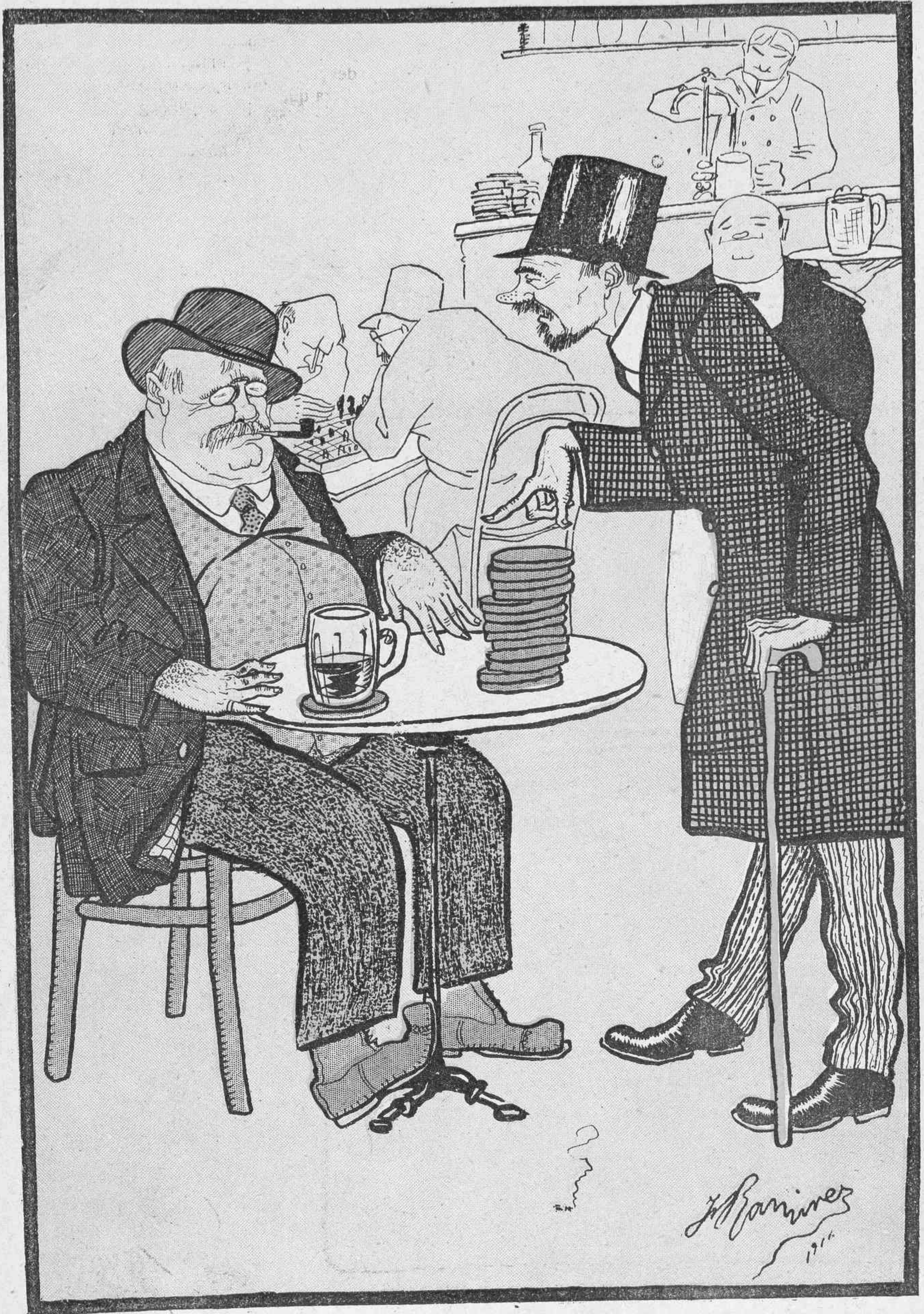


Lo que no hace un padre...

(Por Méndez.)

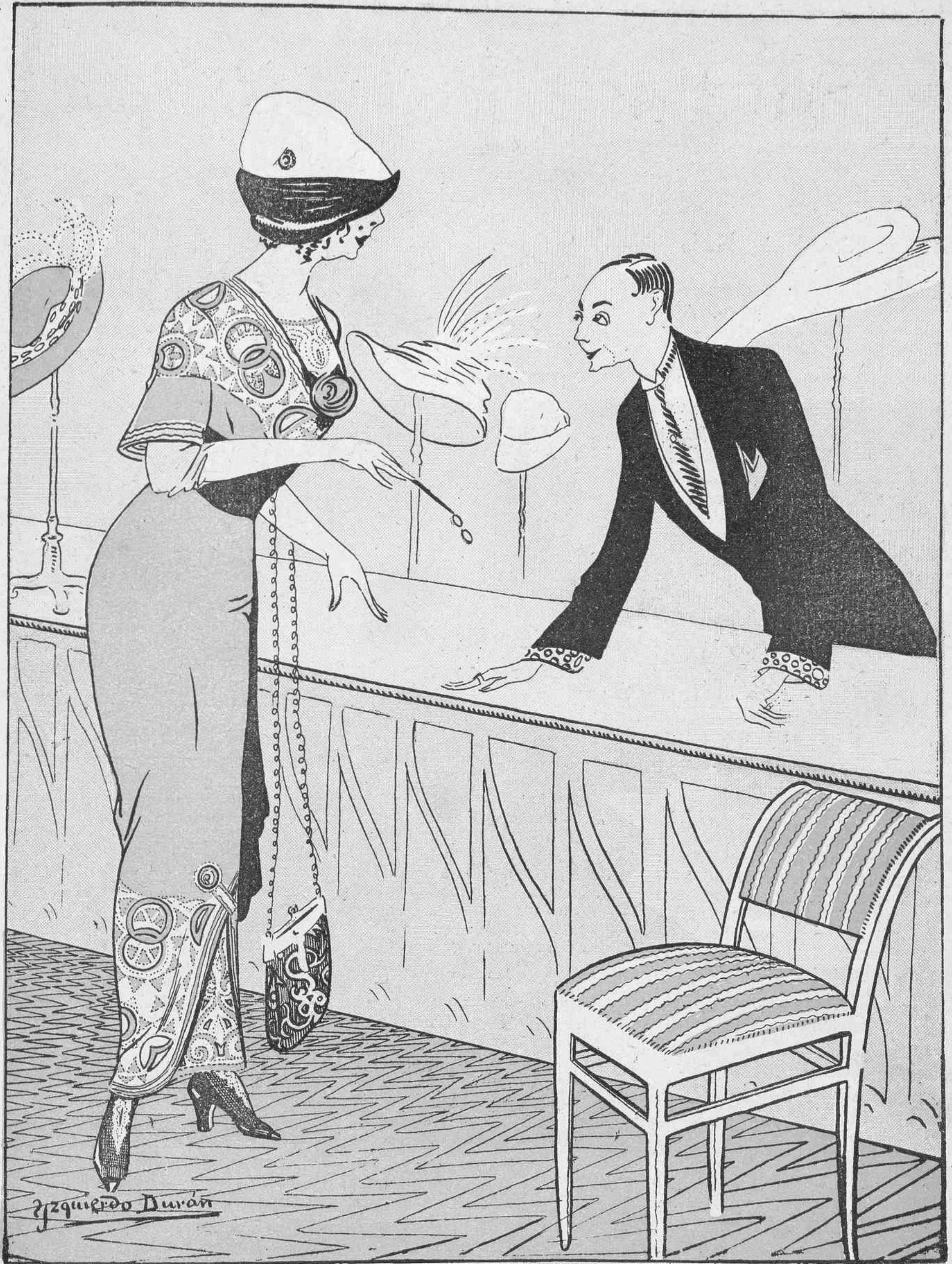


INGLÉS SORPRENDIDO, por Ramírez.



— ¡Es usted un borracho! En vez de beber tanto debía usted devolverme el dinero que me debe.

— Le advierto á usted que por muy curda que esté, nunca devuelvo nada.



-- ¿Tiene usted buenas formas?
-- ¡Hermosísimas, señorita!
-- Haga usted el favor de enseñármelas.

4

La caricatura contemporánea



FRANCIA

HERMAN PAUL

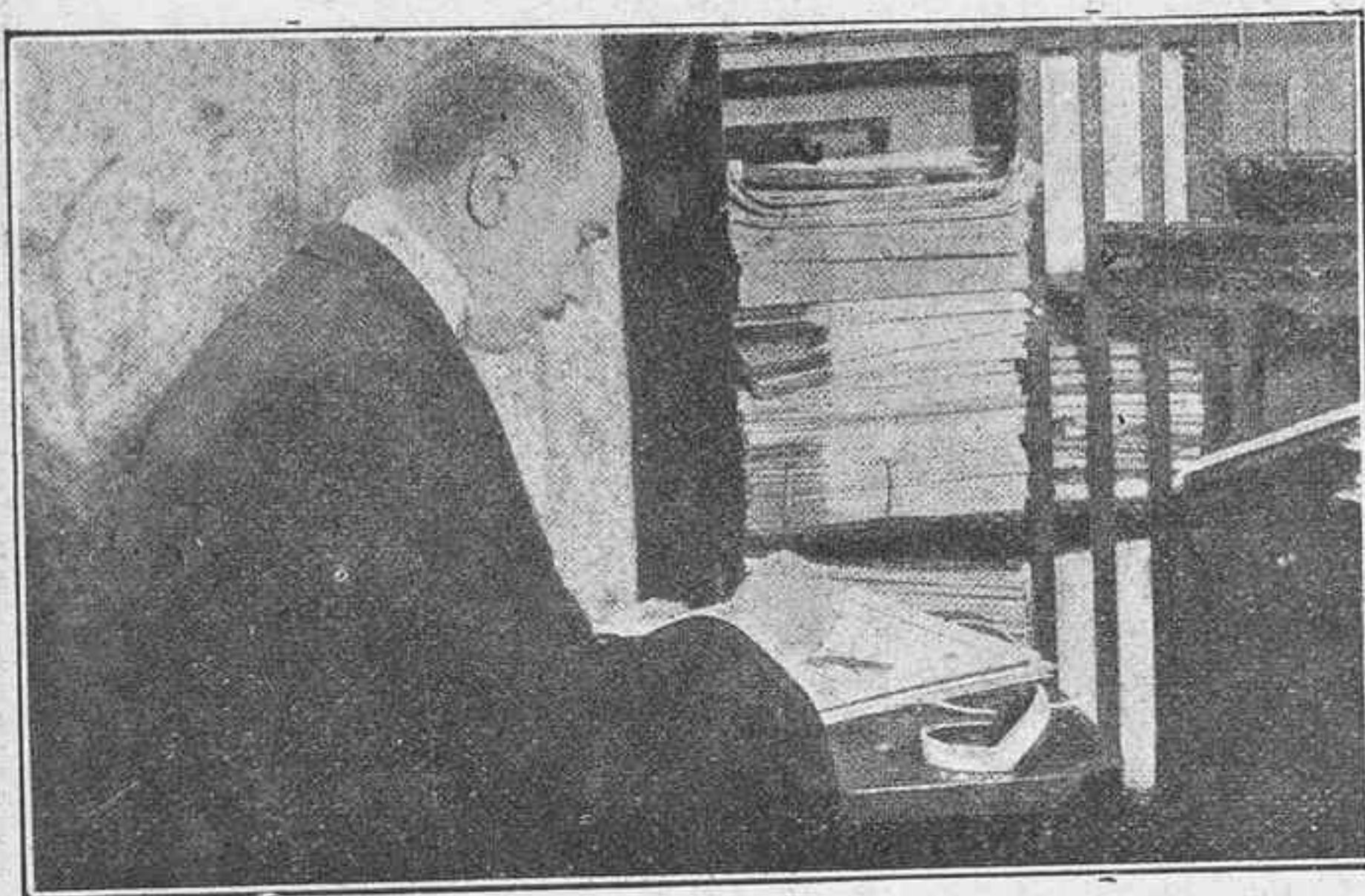
En Francia, cuna de todas las libertades y, tal vez con más propiedad de expresión, lecho de todos los libertinajes, la caricatura tiene una in-

no es sino la hembra mejor ó peor engalanada, y al otro los reflexivos, los *formadores de opinión*, que influyen sobre el espíritu de su época.

Al primer grupo pertenecen Guillaume, Poulbot, Abel Faivre, Mirande, Caslegle, Rabier, Metivet, Hemard, Radignet, Moriss, Depaquit, etcétera.

es un agresivo y un pensador.

Los que busquen pornografías, los que sólo prefieren el donaire inofensivo y los comentarios frívolos no deben mirar los dibujos de Herman Paul. El autor de esa serie de cuadros sombríos y pesimistas que se llama *El ángel del hogar* no ríe nunca, ni jamás da pretexto para la risa



Herman Paul.



El ángel del hogar ó la cuñadita.

dependencia y una personalidad indiscutibles.

Sin embargo, y aun admitiendo las subdivisiones de sentimentales, costumbristas, desvergonzados ó cándidos, los caricaturistas franceses militan en dos grupos distintos: el de la picardía y el de la rebeldía.

O cínicamente, audazmente picarescos, ó amargamente, sombríamente fustigadores. A un lado los frívolos, los sensuales, los que no respetan el hogar y para quienes la mujer

Al segundo, y detrás de Steinleu y de Forain—de quienes prometo á mis lectores sendos y extensos estudios—, figuran Herman Paul, Bac, Willette, Nandin, Fabrano, Delaunoy, Delam, Graydjonau, Huard y algún otro que con los anteriores integran ese formidable ariete social que se llama *L'assiette au beurre*.

De la escuela ática y viril de Steinleu y de Forain, Herman Paul

de los imbéciles ó de los que les duele pensar.

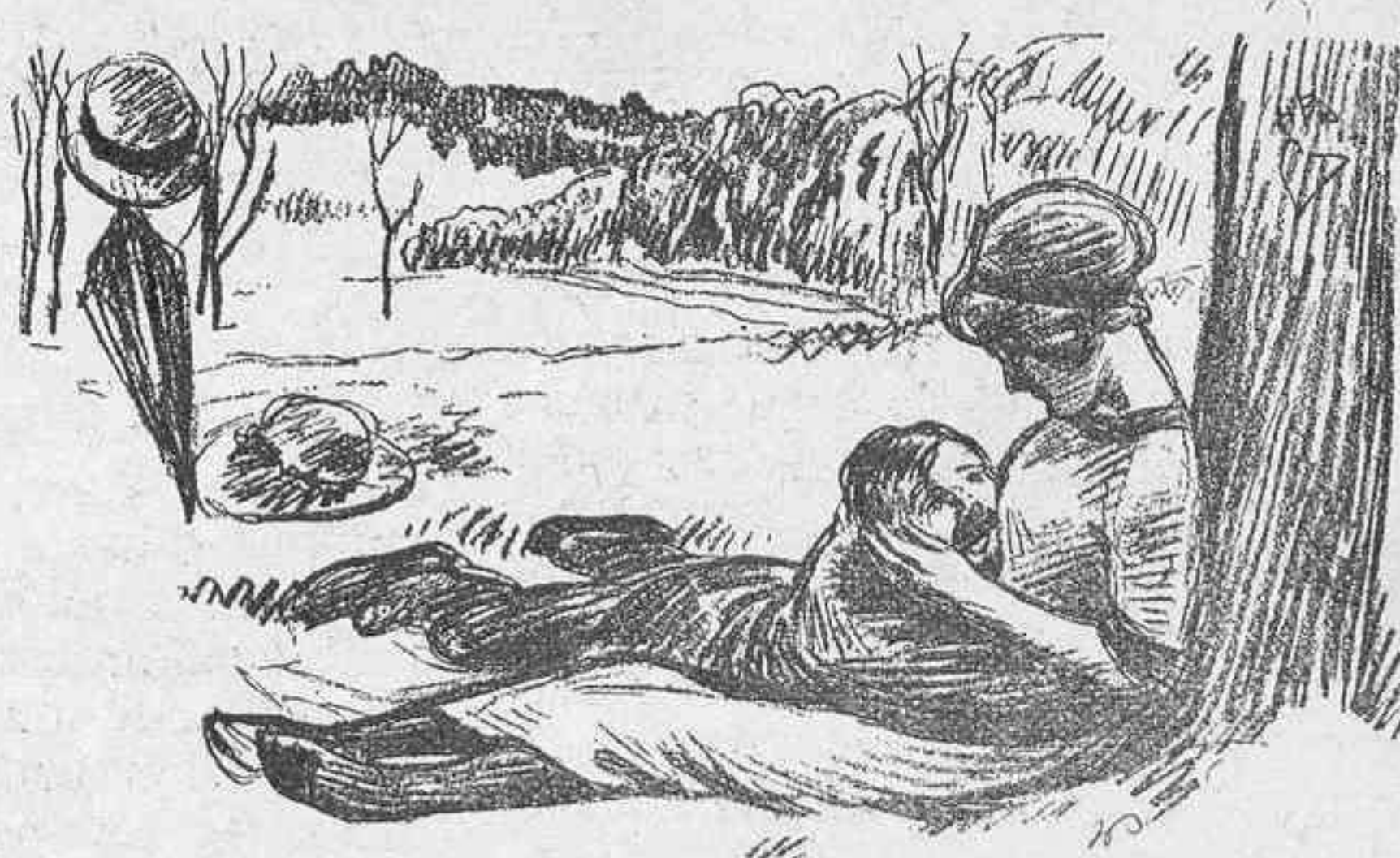
Así como Guillaume, por ejemplo parece dibujar arrojando el *crayon rouge* de las cocotes en tarretes de perfumes y pomadas, Herman Paul dibuja á zarpazos.

Su trazo es fuerte, enérgico, de líneas gruesas y decisivas.

Rara vez emplea la acuarela ó la pluma, y prefiere casi exclusivamente el lápiz compuesto, que acusa vigorosamente la línea y le da firmeza



—Aquí no venías con tu querida ¿eh?



—A ti te deben gustar mucho las mujeres.
—No lo creas. Lo que pasa es que no me gusta la mía

de expresión. Esta dureza, esta seguridad profunda y serena de su técnica, no es más que el reflejo de su psicología.

Herman Paul es un fustigador y sus frases cruzan algo más que la epidermis, como latigazos de hombre hercúleo.

Visto en su retrato no parece un dibujante componiendo muñecos regocijados que se burlan de la comedieta de la vida, sino un experto estratega combinando sus fuerzas para dar el asalto de las injusticias y de los corazones.

En su serie antes citada de *El ángel del hogar* hay planas que desconciertan y dejan pensativo para mucho tiempo por lo austeras, lo despiadadas que son.

Así se explica que sea uno de los más firmes sostenedores del admirable *Assiete au beurre* y sus matri-

monios roídos por el tedio y la desigualdad de temperamentos, sus obreros iluminados por el alcohol y roídos por el hambre, sus militares tan distintos de los regocijados de Poulbot, sus magistrados venales, sus cocotas trágicas, sus reyes viciosos o crueles son un reflejo doloroso y conmovedor de la vida moderna.

Nunca, ni siquiera cuando juega con palabras ingeniosas, hace reír, porque nadie ríe cuando bruscamente, fríamente le dicen una verdad que antes se dijo él con la voz muda é íntima de su propia conciencia.

José Francés.

P. S.—He recibido algunas cartas á las cuales sería grave descortesía no hacer mención. Pasando por alto los bondadosos elogios que tributan á estas charlas semanales, casi todas coinciden con el deseo de que alguna vez hable de los caricaturistas de otras épocas.

Muy atinado es el deseo y muy dentro está de mis propósitos. Alternando con *La caricatura contemporánea*, publicaré noticias, comentarios y dibujos de los maestros que

ya no existen. En *La caricatura retrospectiva* hablaré de los ingleses Hogarth (maestro de maestros), Gilbray, John Leech y John Doyle; de

EN RUSIA



—Pero, papá: ¡a ese paso no voy á heredar nada!

los alemanes, Chodowiecki y Löfler; de los franceses Daumier, Gavarni, y Monnier; y de nuestros españoles Goya, Alenza, Ortega, Perea y Padró; incluso de la inmortal figura de *Caranguez* (el hombre de la mirada negra, en turco) que llena toda la imaginaria satírica de las tierras lejanas de Oriente.

Tela cortada hay para mucho tiempo, amigo lector.

Taciturno va Frey Félix...

Taciturno va Frey Félix porque Amarilis se queda en brazos de su marido y él de Amarilis se aleja.

Cerró el portón Lequerica diciendo: «Su Reverencia embócese hasta los ojos, que está la noche muy fresca.»

Y haciendo caso á la moza, que estímase muy de veras, subió el embozo Frey Félix arriba de las orejas.

Aseguróse en el brazo la tizona milanés que debajo del manteo en anocheciendo lleva, y echó por la calle abajo ni despacio ni de priesa.

Taciturno va Frey Félix por que Amarilis se queda en brazos de su marido y él de Amarilis se aleja.

Piensa que á tanto se obliga quien muerde la fruta ajena; el truhán no más la gusta cuando está sola la huerta, y el hortelano la come cuando bien se le apetezca.

Con tal rencor pone el pie sobre las picudas piedras, que á cada paso que da, dijérase que se quejan.

Por dar descanso á los celos piensa en la comedia nueva, piensa en que lleva otra carta para su amigo el de Sessa, piensa en el nuevo soneto, que leerá en una academia, ... piensa, aunque pensar no quiere, que su Amarilis se queda en brazos de su marido y él de Amarilis se aleja.

Tal va Frey Félix, que él mismo no se da notoria cuenta de si es que llora ó que ríe, si es que maldice ó que reza.

En las lindes de su casa, de entre el zaguán y una reja salen cuatro mandrines que á estocadas con él cierran.

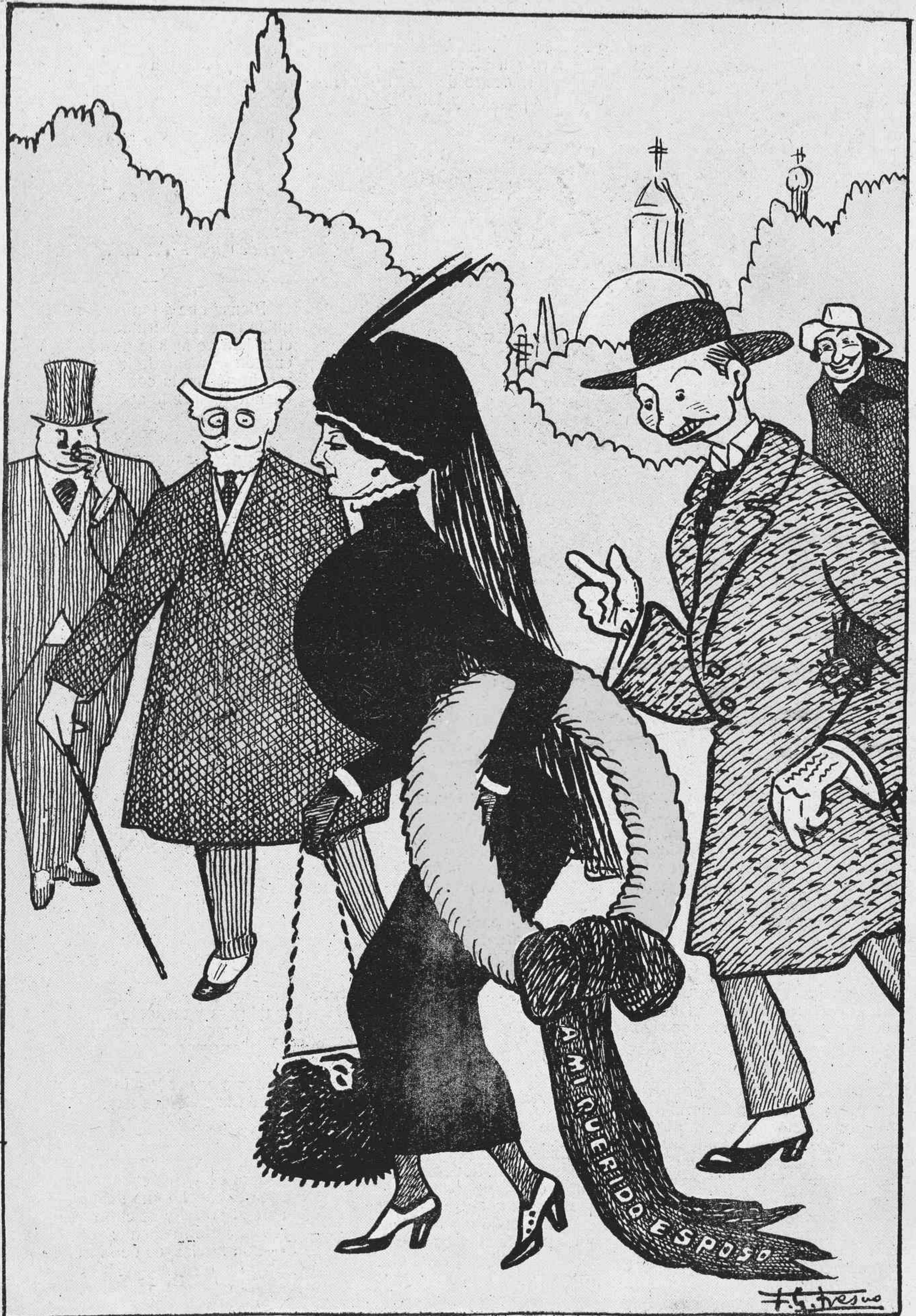
Hace broquel del manteo, toma la espada en la diestra, y tal para y acomete que parece una centella.

Tira una estocada á fondo y un mandrín cae en tierra, ... dan á correr los demás, queda la calle desierta.

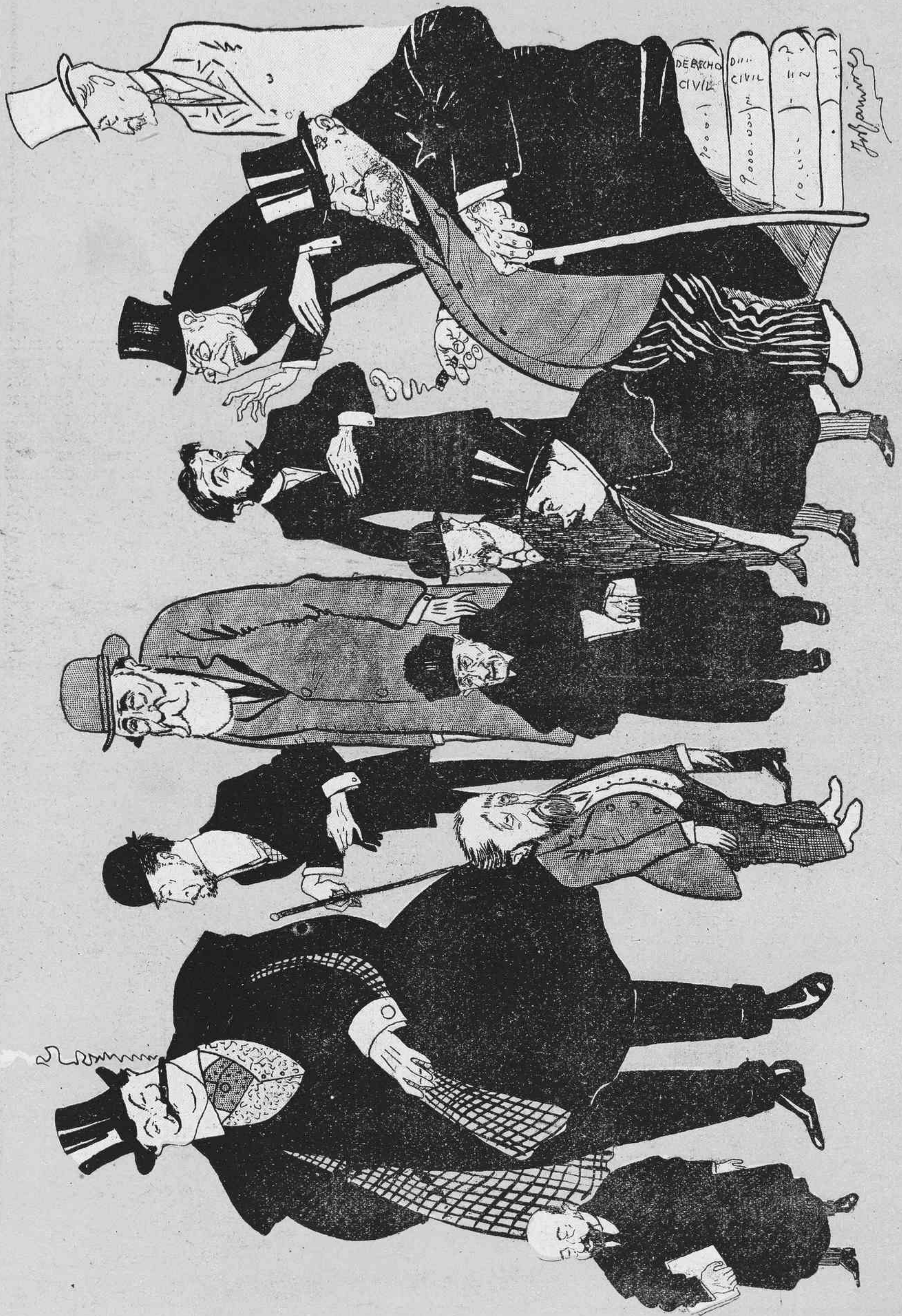
Mira á la reja Frey Félix y ve que hay luz en la reja, saca del pecho una llave, abre el portal y se entra rezongando fríamente: «—Son noviazgos de Marcela...»

Diego San José.

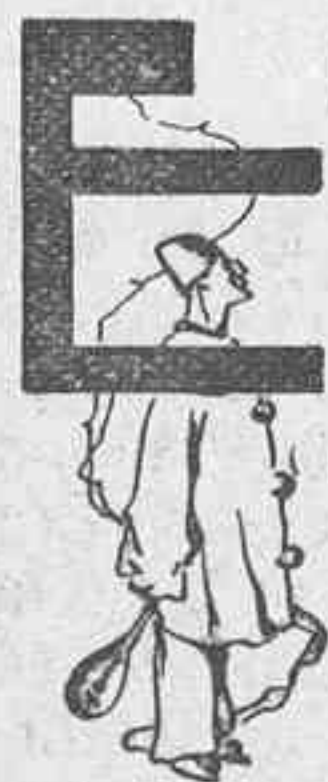
LA CORONA ANZUELO, por Fresno.



Para encontrar muchos lo mejor es hacer creer que se ha perdido uno.



¿HAY, Ó NO HAY DERECHO?, por Ramírez.



En mis correrías por los corralizos de menor cuantía, donde muequea la farándula, he notado que el género truculento del melodrama es el favorito de cómicos, empresarios y espectadores. Esto me ha sugerido algunas vagas y desconcertantes divagaciones.

Un melodrama me da la misma emoción que una corrida de toros, en que los autores deberían hacer de caballos. Es igual impresión de brutalidad, de violencia, de delirante hiperestesia. Es el mismo público, la misma ralea mental y sentimental en esas dos fiestas, que son la exaltación de la sangre, de la carnicería, de la muerte. El espectador que insulta al torero y á su dignísima madre con los epítetos castizos de *tumbón*, *gallina* y otros mil donaires, es el que pide la cabeza del traidor y ulula como un energúmeno, ebrio de alegría, cuando el protagonista, inevitablemente, le mata ó le arroja desde el campanario á la calle, como en esos *Dos amores* que hacen en Martín y que es un modelo en su género.

En los toros y en los melodramas siempre estoy con el alma en un hilo; me sabe á sangre la boca, mis nervios parece que van á estallar. ¡Y para experimentar esas emociones desagradables aflojo mi dinerito en la taquilla! Me parece bastante idiota.

A la salida de esos espectáculos hay una criminal agresividad en toda la gente. Por la más leve sinrazón se van á las manos, se muerden, se cocean. El hombre en esos instantes es una bestia irresponsable, como don Tadeo de Gaspar, el poeta presbítero de quien hablé días pasados.

El melodrama es una cosa absolutamente embrutecedora y embrutecida. Para tomarse interés por esas gabullas imbéciles, sin arte, sin novedad, hay que ser de una candidez rayana en el cretinismo, que es el absoluto embrutecimiento moral. Los señores autores que lo cultivan no se han molestado en modificar la receta; todos los melodramas son iguales: la misma tosca trabazón, los mismos personajes sin carne, sin cerebro, sin alma, la misma pauta convencional en los episodios. Ved una joven virtuosa y desgraciada, un galán completamente tonto y un prestamista avaro y lujurioso, amén de un poco asesino y otro poco incendiario; pueden ser la *trimurte* del género. Interpónense algunos homicidios frustrados, un infanticidio, dos fusilamientos y un naufragio, y con tal de que al final se casen los dos novios y le machaquen el cráneo al prestamista solaz, el público sale encantado, creyendo que aquello es vida y emoción, y deseando cada cual ser el protagonista de una historia semejante.

¡A cuántos horteras—pinocentauros, como les llama

Barriobero—no les habrán vuelto el menguado caletre esos absurdos folletines en acción!

Yo creo que el Instituto de Reformas Sociales debería de estudiar el caso, como un morbo gravísimo para la salud espiritual de la gente de buen sentido, amorosa de la estética y no mal hallada con la sindéresis.

Prefiero la sicalipsis. ¡Al menos se ven mujeres guapas, ligeras de ropa, y eso es siempre bello y emocionante! ¡Ya que no haya arte, que haya senos pingües y caderas y piernas ebúrneas! Y eso regocija siempre... cuando no son las de las mujeres propias.

*
**

La despedida de Julio Ruiz por el público madrileño fué de entusiasmo conmovedor.

La compañía de Price le hizo una apoteosis burlesca, que la gente se empeñó en convertir en sentimental, y triunfó ésta porque tenía razón. El actor Julio Ruiz, el bufo de antaño, da la amarga emoción de un hombre que se sobrevive á sí mismo. El artista ha muerto hace veinte años; estas nuevas salidas son como galvanizaciones; sobre el escenario de Price, era la sombra de un actor y de una época, lo que, más que reír, nos hizo sonreír dolorosamente.

Al partir este actor, á quien han tenido que poner inyecciones de cafeína para salir á escena, todos sentimos la melancolía de los adioses trágicos; pero nos reíamos mucho con las donosuras del viejo histrión, con sus chistes y con sus anédoctas, pero al remate había lágrimas en muchos ojos.

Hubo versos—bastante ramploncillos—y un himno que cantaron todos los artistas del teatro. También ellos estaban conmovidos y hubo un instante en que Julio Ruiz recomendando á las mercedes del público al joven Casimiro Ortas tuvo solemnidad de testamento.

Se fué, pero yo confío en que reaparecerá y además lo deseo, porque siento una gran simpatía por este hombre y por su tiempo. Había entonces más alegría, más amor por el ideal; un concepto más bizarro y más desinteresado de la vida.

Yo quiero que estas líneas de devota amistad hacia Julio Ruiz sean como una hoja de laurel en la corona de lauros y de amor con que le regaló en la noche de su despedida el bueno, el amoroso público de esta noble villa de picardía y de trapaza.

Emilio Carrere

EL CORAZÓN DE LA MUJER.

Las mujeres de la Historia.

En el museo de Roma, galería de Barberini, hay una tela del Guido que representa una joven-cita, casi una niña, vestida de blanco, con las crenchas escapándose de un turbante. Es el retrato de Beatriz Cenci, una de las mujeres de más trágica y accidentada historia.

Su rostro respira un candor angélico y desmiente la infantil sonrisa de los labios el hondo drama que parece vivir en sus pupilas. El Guido, que decía poseer veinte maneras diferentes de hacer mirar al cielo por unos ojos bellos, no ha hecho nunca otros más hermosos que éstos.

Según Stendhal, lector de un raro manuscrito italiano del siglo XVI, Beatriz fué hija de uno de los más opulentos romanos: Francisco Cenci, secretario del papa Pío V.

Las costumbres de Francisco Cenci fueron depravadísimas. Muerta su primera mujer, de cuyo matrimonio había nacido Beatriz, casó con Lucrecia Petroni, que no le dió ningún hijo. Era Lucrecia el tipo clásico de la matrona romana en su belleza y en su expresión, de amplios rasgos y de una carnación de brillante blancura, la mirada imperiosa y, al propio tiempo, preñada de voluptuosidad. Es un bello contraste con la faz suave y dulce, casi alemana, de su hijastra.

Francisco Cenci era violento y terrible en sus cóleras. Tenía un odio profundo á toda su familia. Había hecho construir en el patio de su palacio, cerca del Tíber, una iglesia en la que quería que fuesen depositados los sepulcros de sus hijos, cuya próxima muerte deseaba. «¡Allá es donde, decía sonriendo sarcásticamente, quiero ponerlos todos!»

De sus hijas, la mayor logró casarse por el Papa con un noble de Gubbio; el Papa hasta obligó á Cenci á darle un fuerte dote. Quedaba Beatriz.

Cenci la hizo víctima de todo su odio. La encerró en un cuarto de su palacio, adonde la llevaba él mismo su alimento. Beatriz no tenía entonces más que catorce años y su belleza era célebre. Este horroroso hombre se enamoró de su hija, llevando su cinismo y la perversidad de su alma hasta dejar de ocultarlo á su mujer Lucrecia.

En este momento la vida llegó á ser espantosa para las dos desdichadas mujeres. No tenían ningún recurso posible para con el soberano Pontífice, rodeado de cortesanos ganados por las liberalidades de Francisco Cenci. Entonces pensaron en hacerle morir para desembarazarse de él.

Beatriz se unió con monseñor Guerra, hombre de corazón y de gran varonil belleza, que amaba á Beatriz y pensaba en hacerla su esposa. Beatriz y monseñor Guerra resolvieron el recurrir á dos vasallos de Francisco Cenci que tenían quejas de él; Beatriz los introdujo en el aposento de su padre, y allí murió Francisco Cenci. Los Cenci fueron arrestados en Roma, y Beatriz encerrada en el Fuerte San Angelo.

El pueblo romano se apasionó por el proceso, que duró un año: la belleza de Beatriz era á la vista de todos una razón nueva de creer en su virtud. Clemente VIII, suave y misericordioso, se inclinaba á la indulgencia; pero varios crímenes salvajes cometidos aquellos días vinieron á asustar su conciencia de sacerdote y de anciano. Era

menester un ejemplo, y firmó la condena á muerte. Cuando se notificó la sentencia, á Beatriz, ésta dejó correr sus lágrimas y se entregó á la desesperación más desordenada. Pero se restableció pronto y mostró hasta el fin un valor superior á su edad y á sus fuerzas.

El día del suplicio Beatriz se levantó, después de haber recitado varios salmos y plegarias en alabanza de Dios, dejó sus babuchas al pie de la escalera, y, subida al cadalso, «pasó lentamente la pierna sobre la tabla, puso el cuello bajo la manija y se arregló perfectamente bien ella misma para evitar el ser tocada por el verdugo».

El golpe tardó mucho en ser dado, porque sobrevino un impedimento...

Tal fué la muerte de Beatriz Cenci, que tenía justamente diez y seis años.

«Era pequeña, dice el cronista, tenía una bonita gordura y unos hoyuelos en medio de las mejillas, de modo que muerta

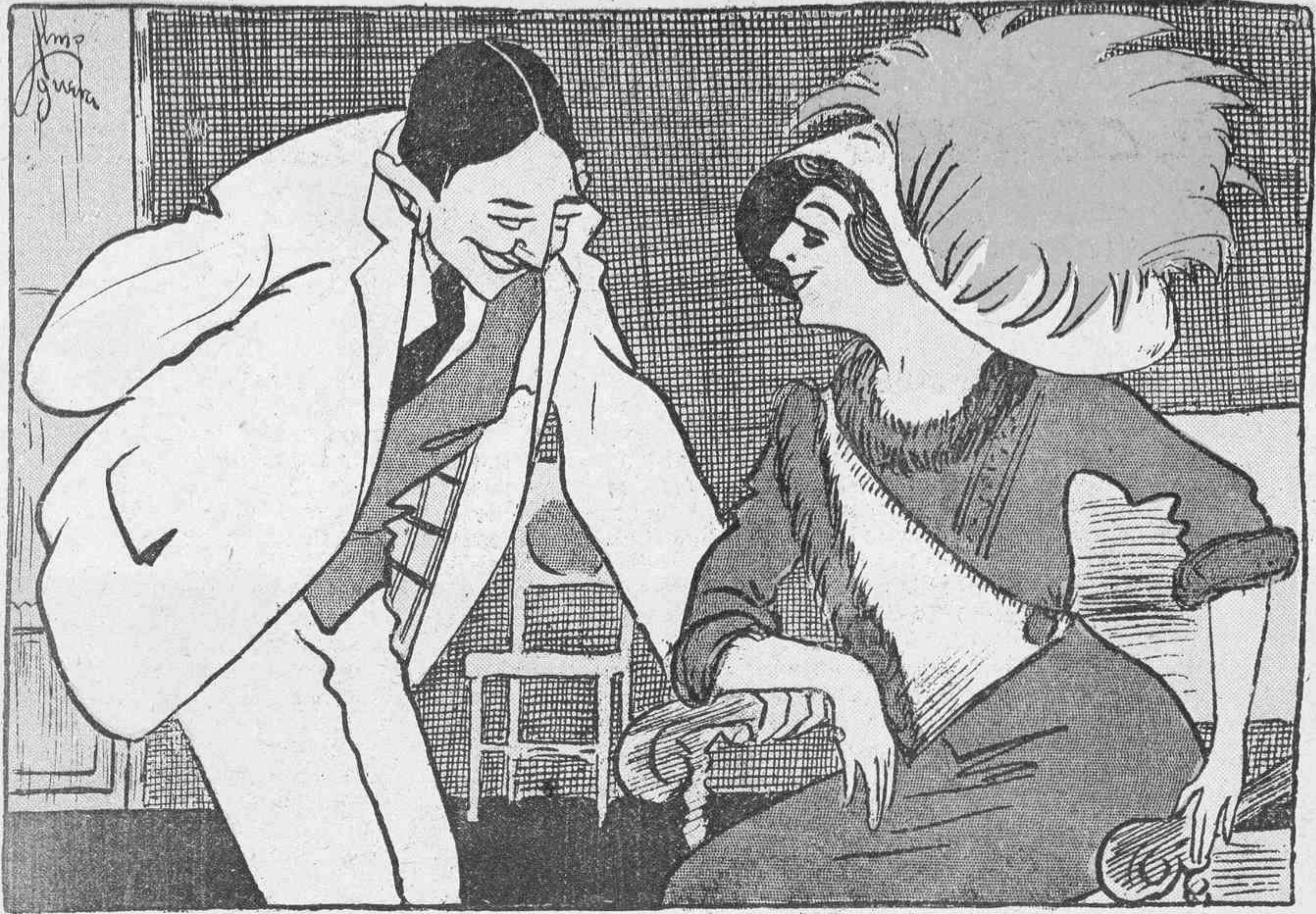
y coronada de flores, se hubiera dicho que dormía y hasta que se reía, cual le sucedía muy á menudo cuando estaba en vida. Tenía la boca pequeña, los cabellos rubios y rizados naturalmente. Yendo á la muerte, estos cabellos rubios y rizados le caían sobre los ojos, lo que le daba cierta gracia é incitaba á la compasión.»

¡Beatriz Cenci, flor de infortunio, aureolada por el martirio, purificada por el dolor, y que nunca supo de los dulces tormentos de amar, si ya no tiene en la eternidad el secreto aquel bello, apuesto y valiente romano que se llamó monseñor Guerra, en cuya vida quizá está... el verdadero drama..!

Antonio Roldán.



CARIÑO CONYUGAL, por Almoguera.



X. —Di, ¿qué desgracia te produciría más honda impresión?
—Como te quiero tanto, lo que más sentiría es que te quedaras viuda.

UN GRAN PARTIDO, por Barbero.



X. —Muy bien; y usted ¿con qué cuenta para pretender á mi hija?
—Pues yo... primeramente... he contado con ella.



—Para mí el único encanto del matrimonio sería el tener una criatura muy mona ¿verdad, Julita?

—Pues para mí, Arturo... un buen automóvil.

Consejo de amigo

—Que sea enhorabuena, *linchi*.
 —¿Pero por qué?
 —Por tu boda.
 —Es *verdá*. ¡Ni m'acordaba!
 —Mu flaco andas de memoria.
 —¿Es que t'ha salido mal?
 —Al contrario; con mi Aurora estoy la mar de contento.
 —Es *mu* buena.
 —Y *mu* hacendosa.
 —Y amante de todo el mundo.
 —Como que un timbre de gloria como ese me enorgullece.
 —Y además, es guapetona.
 —Así, así; *pa* ir tirando.
 —¿Na más?
 —Hombre, ciertas cosas no son del dominio público ni *pa* cantadas por coplas. Te digo que estoy contento, y con eso basta y sobra, porque *pa* que tú t'enteres, el valor que *tié* esa moza sólo te diré que á más de trabajar doce horas diarias, aun tiene tiempo *pa* arreglarse ella su ropa, y se corta las vestidos, y se compone las botas, y echa piezas de *toas* clases, y hasta distingue de *módas*. Este otoño se ha hecho un saco *pa* andar por casa, que atonta,

y unas zapatillas rusas *pa menda*, que dan la hora, y unas enaguas bajas, que el que las ve se desborda, y seis pares de camisas y un vestido, color *tórtola*, y en fin, la mar y los peces, porque es *mu* trabajadora.
 —¿Y últimamente; qué s'ha hecho?
 —Últimamente una *golfa*.
 —Chico, tienes la gran suerte, *pa* tí ha sido una *bicoca* el matrimonio.

—Distingo, y el que distingue s'ahorra de trabajar.

—¿No trabajas?
 —¡Qué he de trabajar! ¡Ni mota! Como, bebo y me divierto. ¿Que hay que hacer la vista gorda en ocasiones? Se hace. ¿Que hay que llegar á deshora á su casa? Pues se llega.

Que á una mujer hacendosa no hay que tenerla en un puño, y hay veces que se la estorba con sólo mirarla. ¿Entiendes?

—Entendido. ¡Sí que es loca tu suerte! Te tengo envidia.

—¿Es que á tí con Nicanora no te va bien?

—¡Ni por pienso! Es la mar de comodona y me tiene hecho un cernícalo y no me deja ni á sombra ni á sol.

—Porque eres un primo y no sabes darla *coba*.

—¡Más que la doy!

—Si no es de esa

—¿Entonces de *cuala*?

—¡Toma!

De San Benito Palermo.

—Pegar á una hembra es cosa que *repuna* á mis principios.

—Pues puede que hasta sin ropa te quedes si no lo haces.

—Tal vez lo entiendas.

—De sobra.

Sabes que estoy en lo cierto.

—Pues juro que á Nicanora hoy la pongo como nueva; las narices, á *la moda*;

el pelo, á *la negligé*;

como un pimiento la boca;

las orejas, como un fuelle,

y el cuerpo como si ahora estuviéramos en pleno consistorio. Y tú anota si me ha *faltao* algún detalle.

—Los ojos.

—¡Anda, esa es otra!

Y dí, cómo se los pongo?

—Pues no tiene vuelta de hoja. Pónselos en blanco.

—¡Veo,

que eres un *vivales*, Rosca!

Es una idea, y hoy mismo la pongo en *prática*. ¡Chocal!

Mariano Tirado Fernández.



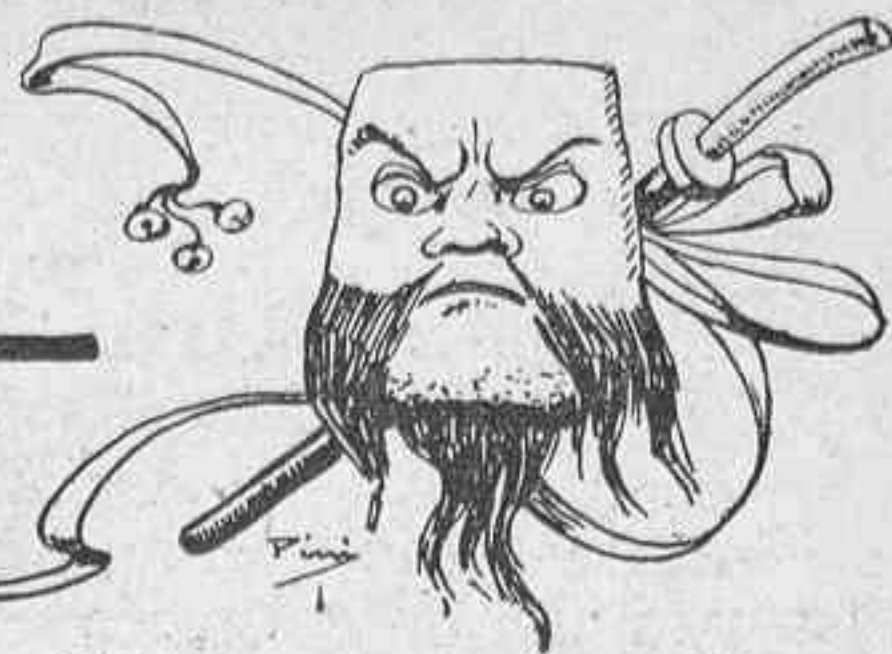
Vengo á ver si ustedes me contratan.

—¿De qué?

—De tiple ligera.



ARTE TEATRAL



CRONICA

¡Salve, oh Zorrilla, alto poeta!

Y después de esta exaltación que palíe y justifique la sinceridad de las líneas siguientes para satisfacción y desagravio de los espíritus enamorados de la lírica exuberancia de Zorrilla, debemos decir que la obra dramática de este poeta, *Don Juan Tenorio*, siendo una admirable producción de poesía, es un lamentable engendro escénico.

Hora es de elevarse sobre el nivel de la vulgaridad y reconocer que *Don Juan Tenorio* no satisface ya más que la sensiblería de las señoritas cursis y no más enciende el entusiasmo de los mancebos que leen las aventuras de capa y espada en esos abrumadores y farragosos libros, llenos de románticos disparates, que se deben á las fecundas y pródigas plumas de los señores Fernández y González y Ortega y Frías.

Si pudiera decirse que *Don Juan Tenorio* tiene alguna transcendencia, diríamos que su transcendencia histórica era definitivamente funesta, hiperbólica y falsa. Claro es que ciertas prácticas de moralidad no estaban en la época en que se desarrolla la obra tan consolidadas como en las modernas sociedades; pero tampoco campeaba el atropello y la violencia por sus respetos hasta tal extremo.

El tipo del protagonista es un tipo sin grandeza, rufianesco y simple; sobre todo, simple. Es tonto de solemnidad. Parece creado para que los jóvenes ardorosos, gallardos y calaveras de nuestros días, influídos por el ejemplo, sean arrojados á puntapiés de casa de sus novias por los buenos y sensatos padres de familia. Toda la trama del drama es de una infantilidad y de una inocencia extraordinaria. Pero *allá van leyes...* La costumbre ha establecido ley, aunque hay que convenir en que cada año va interesándose menos el público por las increíbles aventuras de Don Juan.

**

Digamos unas palabras de la interpretación del *Tenorio* por la compañía del Español.

Espiritual, bella y seductora fué *Doña Inés*, representada por Rafaela Abadía, que justificó la temeraria empresa del calavera *Don Juan*.

Obtuvo muchos y muy merecidos aplausos durante toda la representación, especialmente por la lectura de la carta y al terminar la escena del sofá, que hizo y declamó con exquisito arte.

Corría el burlador de Sevilla á cargo del distinguido comediante Pedro Co-

dina, quien, por lo menos, el buen deseo lo tiene de primer actor.

Si no puede proclamársele como un *Tenorio* de universal renombre, regionalmente estimado es muy aceptable, siendo de lamentar que no abandone el acento catalán, que deslucen su labor, porque le obliga á hablar con un tonillo cansado para disimular la mala pronunciación castellana, cosa que no siempre consigue.

Los demás intérpretes de la obra zorrillesca cumplieron, distinguiéndose López Alonso, que sirvió el *Ciutti* con gran acierto y sin desplantes ni payasadas.

Merece elogios el decorado de Amorós y Blancas y Martínez Garí.

**

El aplaudido autor de *El Puñao de rosas*, Ramón Asensio Más, ha estrenado en el teatro de Apolo *La Romerita*, con música de los maestros Calleja y Luna.

La obra, aunque no ha sido un éxito loco como el de la primera mencionada, dió motivo para que Pepe Moncayo, Rufart, Videgain y la señorita Isaura lucieran sus talentos artísticos.

También ha merecido una discreta aprobación de los *morenos* la opereta *Fuego de amor*, original de los señores Estremera y Candela. Si la obra no fuera sucesivamente decayendo un tanto de interés á medida que la acción va desarrollándose, esta obra hubiera conseguido un éxito definitivo. No obstante, por su gracia y su vistosidad, *Fuego de amor* llenará muchas noches el teatro de la Plaza del Rey.

Está demostrado que la opereta va arraigando en el gusto de nuestro público.

**

De los teatros *chicos* del género *chico* merece especial mención el Coliseo del Noviciado. Actúa en él una discreta y estudiosa compañía que pone las obras con *amore*, bajo la dirección del inteligente primer actor Sr. Hernández, donde las triples tienen agradable figura y bella voz y donde lucen elementos tan apreciados como el tenor cómico Sr. Más y un barítono con la voz clara y pastosa.

Esta pequeña mezquita del arte tenía acostumbrado al público habitual que concurre á sus veladas á la más desenfadada sicalipsis.

La empresa actual, siguiendo un admirable y plausible criterio, ha cerrado contra tales desahogos escénicos, y es de aplaudir tal medida en favor y decoro de los espectadores. Sería de desear que cundiera tan buen ejemplo, ya que estos pequeños coliseos vienen á llenar

su simpática misión en la vida teatral madrileña.

*
**

Finalmente daremos la desagradable noticia de que Pepe Santiago y Nieves Suárez, de quienes se había dicho iban á reverdecen sus muchos triunfos en el elegante teatrillo Príncipe Alfonso, no se han decidido á tal empresa. Es muy de lamentar, porque nos priva del gusto de contarlos en activo durante la presente temporada.

Florencio Floro.

NUESTRAS PAGINAS DE MUSICA

Con el fin de que puedan ser reunidas en un álbum las planas de música que publicamos en este periódico, insertaremos en todos los números un cupón para que al final de cada mes puedan recoger en nuestra Administración, Preciados, 17, entresuelo, el Album Musical de Madrid Cómico, previa la presentación de los cuatro cupones correspondientes.

Nuestros lectores de provincias podrán remitirnos dichos cupones en sobre abierto franqueado con $\frac{1}{4}$ de céntimo.

Los suscriptores recibirán á domicilio, á fin de cada mes, el Album Musical.

El primer cuaderno de dicho Album contendrá un precioso número de la aplaudidísima opereta, del maestro Strauss, titulada *El soldadito de chocolate* y la preciosa canción *La sombrilla*, del maestro Romero, que con tanto éxito canta la bellísima canzonetista Paquita Escribano.

Cupón núm. 1.

Administración: Preciados, 17, entresuelo.

Para ser canjeado á fin de mes, con los cupones correspondientes, por el Album Musical de MADRID CÓMICO.

Nombre

Dirección



—Te encuentro más elegante y mucho más distinguido.

—Será por esta corbata tan bonita que he adquirido.

Mariana Pineda, 12.



El espejo no me engaña. Yo nunca me contemplé tan bella como me veo con este hermoso corsé.

Regúlez, Bordadores, 9.



—¿Dónde compras esas botas que hacen tan bonito pie?

—En la casa de «Eureka» ayer mismo las compré.

Cedaceros, 11.



OSRAM

Duración, Solidez,
Resistencia,
Economía.

Concesionario con depósito para España y Portugal LEON ORNSTEIN.

Mariana Pineda, 5,
Madrid.